

la voluntad de su hermano, se conformó con la exigencia de éste aunque con mucha repugnancia. Francisco José acompañado de los agnados mas próximos y de algunos ministros llegó á Miramar, donde fué firmada el acta de renuncia é inmediatamente despues el convenio con la Francia (1). El 10 de abril de 1864 recibió el nuevo emperador la diputacion mejicana por segunda vez y le hizo saber definitivamente su aceptacion de la corona. Cuatro dias despues embarcóse para su nueva patria en la fragata austriaca *Novara*, visitando de paso al Papa en Roma, donde pasó algunos dias; el 29 de mayo desembarcó en Veracruz y el 12 de junio verificó su solemne entrada en Méjico.

Todo su afán se dirigía visiblemente á granjearse la confianza del partido liberal. Colmó de honores y distinciones á los hombres que hasta entonces habian representado su causa, pero no gobernó en su sentido, pues que reconoció la libertad de cultos, confirmó la venta de los bienes de la Iglesia, abolió la censura, estableció la milicia nacional y finalmente otorgó en 10 de abril de 1865 una constitucion. Esta política, sin embargo, no dió el resultado que esperaba. Militarmente prosperó el imperio porque los franceses se apoderaron de una provincia tras otra, mientras que el fugitivo presidente Juárez tuvo que establecer su gobierno en Chihuahua en el extremo Norte. Napoleon recompensó al victorioso Bazaine en 5 de setiembre con el baston de mariscal. Los triunfos de los franceses resultaron pasajeros, porque si bien sometian á las provincias mas lejanas, no las podian ocupar permanentemente y hasta la comunicacion entre Méjico y Veracruz fué interrumpida por las bandas republicanas. Entonces se aconsejó á Maximiliano que declarase á estas fuerzas enemigas simples bandoleros, á lo cual se negó con razon; pero cuando el general Brincourt consiguió expulsar á Juárez de Chihuahua quedándose este último solo con la ciudad fronteriza del Paso, situada á orillas del rio del Norte, Maximiliano se creyó autorizado para hacer saber en un bando del 3 de octubre de 1865 que el ex-presidente habia abandonado el territorio mejicano y que en adelante todos los que hicieran armas en su nombre serian sometidos como malhechores al consejo de guerra y fusilados en el término de veinticuatro horas. Esta amenaza fué realizada luego en las personas de los generales juaristas Arteaga y Salazar. Maximiliano mismo calificó de draconiana esta orden en una carta que escribió á Napoleon, pero decia que esperaba que produciria efecto. En realidad para producir efecto hubiera sido menester un ejército mucho mas fuerte, mientras la persecucion sangrienta á que se habia dejado inducir Maximiliano no hizo mas que aumentar la exasperacion de los mejicanos.

De ningun modo fué posible mejorar la situacion interior de Méjico. La hacienda se hallaba en un estado desesperado, y la administracion solo pudo continuar á favor de un nuevo empréstito que fué colocado en 1865 en Francia con el auxilio del gobierno al curso solo de 54 por ciento. Pero á principios del año siguiente se halló el gobierno otra vez abocado á la bancarrota, y los escasos adelantos que facilitó Bazaine á fuerza de instancias no pudieron detener el fatal desenlace ni fueron aprobados en París (2). Además se habian hecho cada vez mas tirantes las relaciones de Maximiliano con el partido ultramontano. El nuncio Meglia, en lugar de mediar y moderar, se permitió tratar al emperador públicamente de súbdito del Papa y publicar sin su autorizacion los decretos del Vaticano. Por otro lado tampoco con-

(1) Delord, tomo IV, pág. 184, ha publicado las actas relativas á estos asuntos, que hasta entonces no se habian conocido.  
(2) Keratry, pág. 105.

siguió Maximiliano formarse un partido entre los juaristas, y así se halló de hecho en situacion positivamente insostenible.

Su relacion con los franceses se fué haciendo tambien de dia en dia mas difícil. Bazaine comprendió luego que el archiduque austriaco no lograba ganar terreno en el país, y desde entonces empezó á acariciar la idea de ponerse en su lugar, pues su casamiento con una mejicana le facilitaba un partido. Hizo, pues, todo lo que pudo para dar disgustos á Maximiliano á fin de impulsarle á abdicar. Para esta política le estorbaban los legionarios austriacos y belgas que Maximiliano enganchó, y tambien le disgustó que el emperador encargara la organizacion del ejército mejicano, no al general francés Lheriller sino al general austriaco Thun. Quiso crear un cuerpo de gendarmeria y de ingenieros con cuadros franceses, pero Napoleon no lo permitió (3), porque en las Tullerías, y esto fué para Maximiliano mucho mas funesto que los planes ambiciosos de Bazaine, se habia efectuado un cambio completo de opiniones, debido sin duda principalmente á la conviccion que se habia apoderado de Napoleon de la impopularidad de la expedicion mejicana. La Francia no habia mostrado gran interés en los principios de esta empresa, pero tampoco habia manifestado hostilidad, y en el fondo el país se prometia de ella gloria y botin á manera de las expediciones de China y de las luchas de Anam. Se creía que como estas seria de corta duracion la de Méjico, y en vista de la alianza con España é Inglaterra y de la situacion difícil de los Estados Unidos, nadie temia ningun peligro serio. Cuando despues los mejicanos «cometieron la brutalidad de no querer dejarse vencer por un puñado de franceses», según escribió Merimee (4), no hubo nadie en Francia durante algun tiempo que no insistiera en que se continuara la guerra, pero esto duró poco. Salvado el honor de la Francia por el descalabro de Puebla, se aumentó la aversion contra una empresa que exigia mas víctimas á causa del clima que por los combates, y Merimee escribió en su carta que fuera del César y del señor Fould no conocia á nadie que se lisonjeara de ver la menor utilidad para el país en esta expedicion. La oposicion vió luego los muchos puntos de ataque que le ofrecia tal aventura, y no omitió ninguna ocasion de censurarla vivamente en los debates de la contestacion al discurso del trono, como al aprobar los recursos pedidos. Ya en enero de 1864 no ocultó la mayoría del cuerpo legislativo en su contestacion al discurso del trono que muchos ánimos en Francia pensaban con tristeza en los sacrificios y obligaciones que originaba la expedicion, y declaró que el país se alegraría de ver pronto los buenos resultados que esperaba el emperador.

La aceptacion de la corona por Maximiliano pareció reanimar la esperanza que se tenia en un arreglo definitivo de la situacion de Méjico, y acaso estaba destinada á producir mayor impresion en la parte del pueblo mejicano favorable al gobierno; pero por desgracia casi al mismo tiempo (en 4 de abril de 1864) la cámara de diputados de los Estados Unidos declaró solemnemente que era incompatible con los principios de la república reconocer una monarquía levantada en América bajo la proteccion de una potencia europea sobre las ruinas del gobierno republicano. El senado norteamericano no hizo suya esta declaracion, porque aplazó su discusion por un tiempo indeterminado, y Seeward, representante de los Estados Unidos en París, dió explicaciones destinadas á quitar importancia á la decision de la cámara de diputados; pero los grandes progresos que las armas de

(3) Randon, tomo II, pág. 103.  
(4) Véase su carta á Panizá del 11 de octubre de 1862.

la Union hicieron en aquel año en contra de los Estados del Sur, y la tenacidad con que la cámara de diputados sostuvo su declaracion del 4 de abril, despertaron grandes temores para el porvenir, de los cuales participó tambien Napoleon. En efecto, despues de los triunfos decisivos de los unionistas en los primeros meses del año 1865 y del definitivo desastre de la confederacion, el lenguaje oficial de Seeward fué cada vez mas brusco y rudo, y cuando el presidente Johnson, que despues del asesinato de Lincoln habia ocupado su puesto, se negó á recibir decididamente una carta del emperador Maximiliano, no quedó ya duda ninguna de que la Union restablecida en la América del Norte expresaria muy pronto su hostilidad á la monarquía mejicana. Así, pues, Napoleon no se hizo ya ilusiones y se convenció de que solo era cuestion de tiempo la necesidad de retirar sus tropas y abandonar á Maximiliano á su suerte. Por supuesto, Napoleon deseaba demostrar que procedia así no por imposicion sino por su propio y libre impulso; y cuando Seeward, en 28 de octubre de 1865, llamó la atencion del gobierno francés sobre la impresion penosa que causaba en los Estados Unidos el decreto sangriento contra los guerrilleros, comprendió que ya no debia vacilar. En una conversacion confidencial que tuvo con el general Webb (1), que al regresar á América le visitó en Saint-Cloud, prometió llamar dentro de uno á dos años sus tropas; dijo que en abril haria saber esta resolucion por el *Monitor*, y que si bien por el momento no podia ofrecer al gobierno de los Estados Unidos una declaracion oficial, Webb podia comunicar la noticia al presidente Johnson confidencialmente.

Mucho mas fácil hubiera sido para Napoleon retirar sus tropas si la Union hubiese accedido á reconocer al nuevo gobierno en Méjico; pero Seeward rechazó decididamente toda indicacion en este sentido, diciendo que precisamente el establecimiento de una monarquía era lo que excitaba el descontento de sus compatriotas. Seeward, sin embargo, conforme escribió á principios de enero de 1866 al ministro de Negocios extranjeros de Juárez, deseaba facilitar al emperador de Francia el modo de abandonar á Méjico decorosamente, á cuyo fin queria sostener la apariencia de que el ejército francés regresaba porque Maximiliano no tenia ya nada que temer. Pero de ningun modo quiso conservar esta apariencia reconociendo la autoridad del archiduque, como lo declaró decididamente en sus notas del 6 y 16 de diciembre de 1865, antes bien exigió entonces la retirada incondicional del ejército francés. Unicamente accedió al fin á prometer, conforme le pidió Drouyn de Lhuys en una nota del 9 de enero de 1866, la rigurosa neutralidad de los Estados Unidos en la guerra civil mejicana si la Francia retiraba sus tropas. Esta concesion era tanto mas valiosa cuanto que justamente entonces la arbitrariedad de un general norteamericano amenazaba originar graves complicaciones. A solicitud del norteamericano Crawford, que mandaba una division del ejército juarista, el general Weitzel, que mandaba en la frontera mejicana, habia protestado ante el imperialista Mejía contra el fusilamiento de algunos juaristas; y cuando esta protesta fué rechazada, habia ocupado el 4 de enero de 1866 la ciudad mejicana de Bagdad. Estaba ya Mejía á punto de atacar á Weitzel desde Matamoros, comprometiendo de esta manera las armas norteamericanas, cuando Weitzel recibió de Washington la orden de evacuar á Bagdad y deponer su mando.

Entretanto Napoleon, el senado y el cuerpo legislativo hablaban en París en términos retumbantes para engañar al público francés y al extranjero respecto de la retirada. En el

(1) Nueva-York, *Times*, 14 de abril de 1869.

discurso del trono del 22 de enero de 1866 aseguró el emperador que el gobierno establecido en Méjico por la voluntad del pueblo se consolidaba; que los efectos benéficos de las nuevas instituciones se daban ya á conocer en la gran prosperidad del comercio, y que el emperador juzgaba, por lo mismo, haber llegado el momento de retirar sus tropas; que la agitacion de los ánimos en los Estados Unidos se calmaria á consecuencia de las francas declaraciones de la Francia, y que las dos naciones, igualmente celosas de su independencia, evitarian todo paso que pudiese comprometer su honor nacional. A esto contestó el senado que si la presencia de la bandera francesa en el continente americano era á la sazón menos agradable á los Estados Unidos que



El general Bazaine (según fotografía)

en otro período muy glorioso de su historia, las comunicaciones enérgicas del gobierno francés habian enseñado al norteamericano que expresiones altaneras y amenazadoras no pueden apresurar la evacuacion, y que la Francia acostumbraba á moverse únicamente cuando juzgaba llegada la hora. El cuerpo legislativo se expresó con menos vigor, pero tambien declaró que era atacar el honor y los derechos de la nacion, sobre los cuales velaba solícitamente el emperador, querer imponer á la Francia el llamamiento de sus tropas. La enmienda de la oposicion pasó prudentemente en silencio la actitud de la Union norteamericana, pero recordó que la izquierda habia desaprobado siempre la expedicion y expresó su sentimiento de que la evacuacion hubiera sido aplazada sin que lo justificara ningun interés francés.

Entretanto se habia dispuesto el regreso de las tropas. A mediados de enero escribió Randon á Bazaine que la evacuacion debia principiarse en otoño, que elevara la legion extranjera francesa á 8,000 hombres, y que por lo demás se arreglara Maximiliano como pudiese (2). Para disponer lo necesario con Bazaine, fué enviado á Méjico el baron de Seillard. Para Maximiliano fué esto un desengaño terrible, y se dice que exclamó: «Me han engañado (3)! Existe entre mí y Napoleon un convenio solemne sin el cual no hubiera aceptado la corona, y que me aseguraba sin reservas el au-

(2) Randon, tomo II, pág. 105; Keratry, págs. 113 y siguientes.  
(3) Keratry, pág. 149.

xilio de las tropas francesas hasta fines de 1868.» Quiso abdicar, pero su esposa le detuvo y le conjuró á hacer cuanto pudiera para sostenerse. Almonte fué enviado á Paris para ver si habia medio de hacer que el emperador cambiara de resolucion; se formaron otros nueve batallones de cazadores para los cuales facilitó Bazaine los cuadros de su ejército, y se determinó reforzar la legion austro-belga con nuevos enganches en Europa, á cuyo fin Maximiliano se dirigió á su hermano, el emperador de Austria, que le autorizó por medio de un convenio del 11 de marzo á enganchar en el curso del año corriente 4,000 hombres y en cada uno de los tres años siguientes 2,000 hombres para la legion extranjera austriaca, que ya contaba 6,000 individuos. Este convenio, sin embargo, se estrelló contra la protesta de los Estados Unidos; y cuando en mayo iba á embarcarse el primer contingente en Trieste, se opuso á ello una orden del gobierno de Viena.

Los juaristas fueron ganando de dia en dia mas terreno; á medida que los franceses evacuaban las provincias mas apartadas se apoderaban de ellas, y llegaron hasta amenazar á Tampico. En esta penosa situacion la emperatriz Carlota se decidió á pasar personalmente á Europa y buscar auxilio en Paris, Roma, Viena y Bruselas. Cuando menos se lisonjeara de conseguir el auxilio pecuniario de Napoleon, puesto que justamente á la sazón el gobierno francés se habia hecho conceder por convenio del 30 de julio las rentas de las aduanas de Veracruz y de Tampico para asegurar los pagos de los plazos anuales á que se habia obligado Maximiliano. Pero Carlota no podia haber escogido peor época para su viaje, porque en aquellos momentos la batalla de Koenigsgratz no solamente acababa de revelar la fuerza interior de la Prusia, sino que habia obligado al emperador Napoleon y á sus hombres de Estado á confesar la debilidad de la Francia, cuya debilidad, á su modo de ver, era debida, si no exclusivamente, por lo menos en su mayor parte, á la complicacion mejicana. Por esta causa el gobierno francés, á raíz de la batalla de Sadowa, no pudo concentrar un fuerte ejército junto al Rhin é imponer con él la ley á la Prusia; y fueron rechazadas las pretensiones que Benedetti presentó á principios de agosto en Berlin, no quedando mas recurso al gobierno francés que devorar en silencio su disgusto y resentimiento. Apenas predominaba en las Tullerías mas pensamiento político, sobre el cual todo el mundo estaba de acuerdo, que la absoluta necesidad de retirar las tropas de Méjico. Napoleon, que acababa justamente de salir de un grave ataque de su enfermedad, hubiera preferido no ver á la emperatriz Carlota, pero no pudo negar una entrevista á esta princesa, que se hallaba en estado agitado. La entrevista fué larga y violenta, y de ella salió la emperatriz completamente quebrantada. No habia podido obtener de Napoleon ni facilidades pecuniarias, porque el emperador participaba sin duda de la opinion que Fould le habia expuesto en una memoria del 14 de agosto (1), á saber: que no se podia auxiliar el trono de Maximiliano con dinero, porque ya no podia dudarse de que el partido monárquico habia sido mucho mas débil de lo que habian hecho creer en su tiempo los refugiados mejicanos; que Maximiliano no podia sostenerse sin las tropas francesas, y por lo mismo era conveniente que declarara en un manifiesto que cuando los mejicanos le habian ofrecido la corona se habian engañado á sí mismos; que abdicaba, y que solo aprovecharia la presencia del ejército francés para mantener el orden y dar lugar á la eleccion de un nuevo gobierno y de un jefe del Estado. Estos tambien fueron los únicos con-

(1) *Papiers secrets*, pág. 342.

sejos que Napoleon supo dar á la emperatriz Carlota, declarándose pronto á facilitar su ejecucion si los aceptaba, en cuyo caso ofreció retardar la retirada de sus tropas algunos meses, para embarcarlas definitivamente en la primavera de 1867. La infortunada soberana, despues de quince dias de permanencia, salió de la corte de Francia con el corazon destrozado. «¡Tengo mi merecido! exclamó; la nieta de Luis Felipe no habria debido fiarse jamás de un Bonaparte (2).» Tampoco pudo esperar auxilio del Austria, que acababa de sucumbir en Koenigsgratz, y tambien fueron vanos todos sus esfuerzos en Roma. Estos desengaños y agitaciones acabaron con su fortaleza de espíritu, y á principios de octubre se apoderó de ella una incurable enajenacion mental, que le ocultó la terrible catástrofe de su esposo, en cuyo estado continua desde entonces.

Maximiliano inmediatamente despues de la marcha de su esposa despidió á su ministerio, arrojándose enteramente en brazos del partido ultramontano del cual únicamente esperaba auxilio. La situacion militar tomó un giro cada vez peor; Tampico cayó en manos de los juaristas, de lo cual Maximiliano culpó á Bazaine, que por su parte se quejó amargamente de la conducta de los generales mejicanos. La tirantez entre la corte y el mariscal francés se aumentó, agregándose el temor de los planes ambiciosos de Bazaine. La emperatriz Carlota habia manifestado tambien este temor á Napoleon, al cual impresionó tanto mas, cuanto que estaba de acuerdo con las noticias y quejas que habia recibido y se hallaba confirmado particularmente por la correspondencia del general Douay con su hermano (3). No faltaba otra cosa para poner á Napoleon en la posicion mas falsa sino la tentativa de su mariscal de hacerse elegir emperador ó presidente de Méjico en lugar de Maximiliano; y como Bazaine habia dado abundantes motivos para que el emperador redujera sus poderes, especialmente entre otras muchas torpezas la de permitir, si bien con repugnancia, que dos de sus oficiales, Osmont y Friant, entraran en el ministerio mejicano, envió á Méjico en setiembre de 1866 á su edecan el general Castelnau, con poderes que le autorizaban á dar órdenes á Bazaine. El ministro de la Guerra, Randon, dijo entonces que él, en lugar de Bazaine, haria prender á Castelnau al desembarcar y le enviaria otra vez á Francia, aun á riesgo de ir detrás de él en el inmediato vapor para justificarse. Bazaine no lo hizo así, se sometió y obedeció. Lo primero que hizo Castelnau fué inducir á Maximiliano la necesidad de abdicar y favorecer luego la formacion de un gobierno republicano con un general, por ejemplo Ortega ó Porfirio Díaz. Al propio tiempo estaba encargado de proceder de acuerdo, si era posible, con el general norte-americano Sherman y con el embajador de los Estados Unidos Campbell, cuyas instrucciones les mandaban tratar solo con Juarez, al cual debian considerar como el jefe legítimo del Estado mejicano.

Seeward habia consentido en esta accion comun únicamente en la suposicion de que la retirada de los franceses comenzaria en noviembre, y cuando supo que Napoleon la habia aplazado hasta el mes de marzo de 1867, conforme habia prometido á la emperatriz Carlota, no solamente pidió explicaciones sobre este cambio, sino que llamó á Sherman de Veracruz mientras Campbell marchaba á Durango al lado de Juarez. Maximiliano salió en 21 de octubre de su capital y se trasladó enfermo á Orizaba. Su intencion era abdicar y así lo dijo confidencialmente á Bazaine. En el camino encontró á Castelnau que le pidió una entrevista, pero se negó á recibirle: estaba mas desalentado todavia por la triste suerte

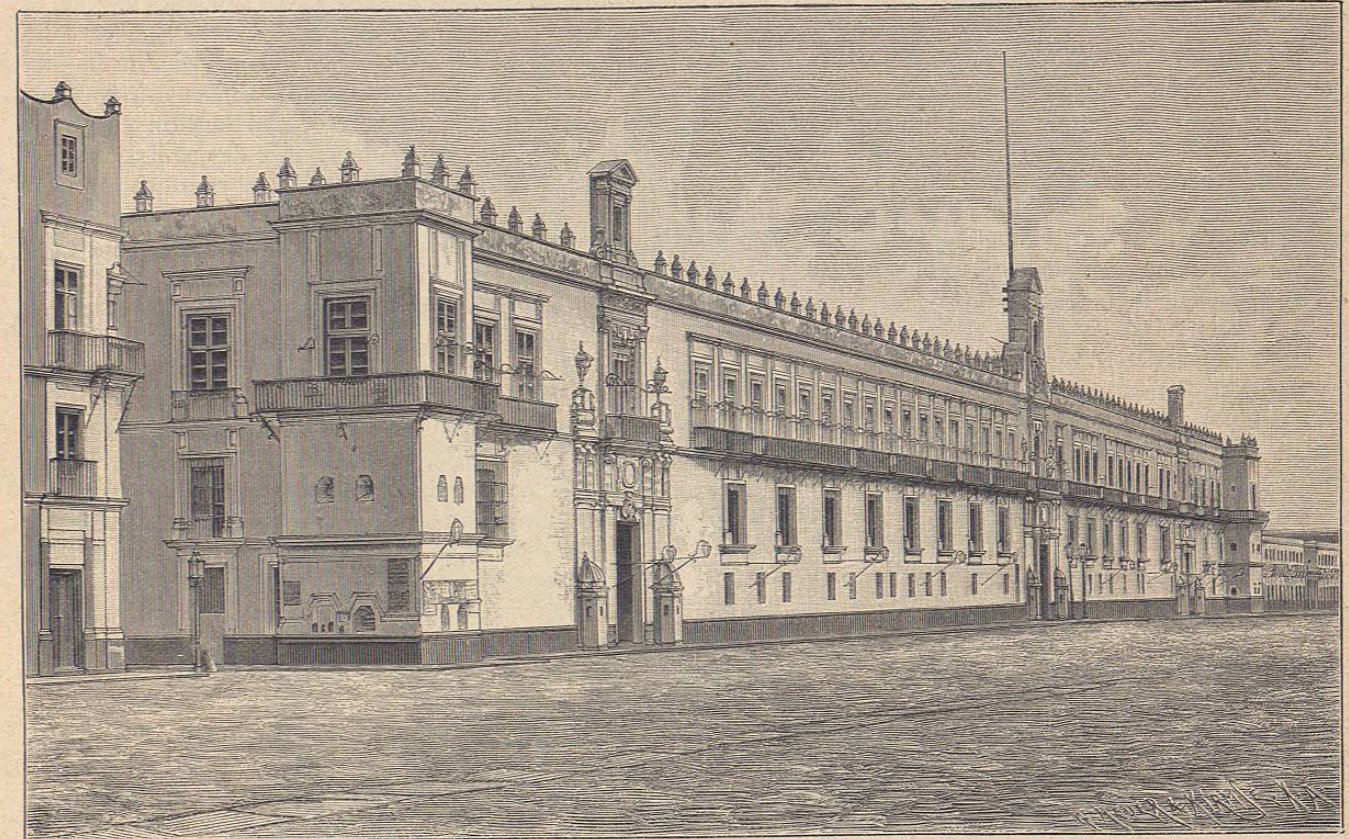
(2) Keratry, pág. 159.

(3) Randon, tomo II, pág. 82; Merimee, tomo II, pág. 230.

de su esposa que por su propio infortunio político. A pesar de todo, volvió á abandonar su resolucion de abdicar prescindiendo oído á influencias clericales, en particular á las instancias del presbítero Fischer, en el cual tenia gran confianza. Tambien le instaban los generales Miramon y Marquez á mantenerse firme, y en estas circunstancias tomó la resolucion de someter primero la cuestion al ministerio y al consejo de Estado. Estos fueron convocados en Orizaba, y en su conferencia del 24 de noviembre aconsejaron casi por unanimidad, es decir, por 20 votos contra 2, convocar un congreso nacional para que decidiera si el país habia de ser

regido por monarquía ó por república. Maximiliano aceptó por su desgracia el consejo, quizás en la creencia de que los juaristas, convencidos de su triunfo, tomarian parte en el congreso. Encargó al presidente del ministerio, Larez, que comunicara esta resolucion á las autoridades francesas en Méjico y que les dijera que el emperador, en vista de que la Francia no queria apoyarle mas, estaba decidido á apoyarse en las fuerzas del país.

El disgusto que causó esta resolucion en Paris fué grande, tanto que Napoleon envió la orden telegráfica de que se embarcara tambien la legion extranjera francesa, á pesar de



El palacio de Maximiliano en Méjico (segun fotografia)

haber confirmado la promesa de Miramar, en el convenio del 30 de julio, de que esta legion despues del embarque del ejército continuaria todavia seis años al servicio de Maximiliano. La ruptura entre Napoleon y su protegido se habia hecho, pues, completa, lo cual dió á las relaciones de Maximiliano y de su gobierno con Castelnau un giro violento, mientras Bazaine, que naturalmente habia renunciado á sus propios planes ambiciosos, mostraba cierto celo por conservar su contacto con el infortunado monarca é inducirle hasta el último momento á abdicar. Por lo mismo se presentó á invitacion de Maximiliano en la reducida asamblea de notables que en lugar del congreso nacional se reunió en 14 de enero de 1867, y cuyos miembros suplicaron al monarca por gran mayoría que no abdicara, por supuesto porque así lo pedia su interés particular. Bazaine se esforzó en vano por hacer renunciar á estos notables á su empeño; casi por unanimidad, exceptuando solo cuatro votos, resolvió esta asamblea suplicar al emperador que continuara en su puesto. Maximiliano accedió á pesar de la casi ninguna probabilidad que habia de que una victoria militar cambiara todavia la situacion ó cuando menos facilitara una retirada honrosa. En lugar de semejante contingencia favorable, á los pocos dias

el general Miramon, que con una parte de las tropas del país se hallaba cerca de Guadalajara, fué derrotado por el general republicano Escobedo. El juarista Porfirio Díaz marchó contra la capital, de la cual se retiraron los últimos franceses en 12 de febrero, y el emperador se trasladó á Querétaro para oponerse allí á Escobedo; pero pronto se vió cercado por todos lados en la citada ciudad. A mediados de marzo rechazó con buen éxito el primer asalto de Escobedo y envió al general Marquez á Méjico para buscar refuerzos, en particular los regimientos formados por austriacos. Marquez, sin embargo, prefirió hacer primero una expedicion para socorrer á Puebla, empresa inútil, pues que el 2 de abril fué tomado este pueblo por los republicanos. Marquez quedó sitiado en Méjico; sus tentativas para abrirse camino fracasaron contra las fuerzas de Porfirio Díaz, y quedó completamente cercado á mediados de abril. Estando amenazada tambien seriamente Veracruz, evacuada por los últimos franceses en 11 de marzo, no quedó mas recurso á Maximiliano que abrirse camino hácia la costa para salvarse. Dispuso la marcha para el 15 de mayo, pero la noche antes decidió de su suerte. Un coronel, Miguel Lopez, comprado por Escobedo, introdujo tropas republicanas en dos conventos de Querétaro. Al